

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
REVISTA DE INVESTIGACIONES  
DE INVESTIGACIONES

# HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS



*Capilla Universitaria  
Biblioteca Universitaria*

15



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1974

individuos, como a organizaciones, trabajando interesados en cerrar la brecha entre los pobres y ricos en el mundo de hoy.

Hay que tener fe en que la creciente preocupación y actividad en el mundo trabajará a tiempo y reducirá las crecientes diferencias entre los ricos y los pobres, previniéndose así una catástrofe mundial.

Tabla 7  
Evolución del Producto Bruto Interno por Persona en los Países Hispanoamericanos (1950-1970) en Dólares Constantes de 1960

País	1950	1960	1970
Argentina	100	100	100
Bolivia	100	100	100
Brasil	100	100	100
Chile	100	100	100
Colombia	100	100	100
Costa Rica	100	100	100
Cuba	100	100	100
Ecuador	100	100	100
El Salvador	100	100	100
Guatemala	100	100	100
Haití	100	100	100
Honduras	100	100	100
Jamaica	100	100	100
México	100	100	100
Nicaragua	100	100	100
Panamá	100	100	100
Paraguay	100	100	100
Perú	100	100	100
Puerto Rico	100	100	100
Venezuela	100	100	100

## LOS MESTIZOS Y SU CULTURA EN LA VIDA DE HISPANOAMÉRICA

DR. EDMUND STEPHEN URBANSKI  
Howard University

LA CONQUISTA IBÉRICA del Nuevo Mundo produjo el choque de dos razas y dos culturas, cuyas consecuencias se manifiestan en el *mestizaje*. Es el resultado del entrecruzamiento racial del español con el indio. Dicha mezcla, justificada mayormente por impulsos biológicos, originó durante la época colonial un nuevo grupo étnico: los *mestizos*. Es un término genérico que se da a la mezcla de las dos razas. En los países andinos, a los *mestizos* se les suele llamar *cholos* y en los países centroamericanos *ladinos*.

El viajero norteamericano E. G. Squier, quien a mediados del siglo XIX visitó Hispanoamérica, describió a los mestizos como gente de color moreno, estatura mediana, bien proporcionada y fuerte. Observó, igualmente, que "es difícil decir si los blancos se han asimilado mucho más a los indios en su modo de vida o los indios más a los blancos". Parece indicar esto que los rasgos somáticos en el mestizaje son quizá de menor importancia que la *asimilación cultural* como resultado de la convivencia histórica. Debido a la intensidad de la mezcla de los peninsulares hispanos con los indios americanos en el pasado y entre sus descendientes de ahora, la *clase mestiza* constituye hoy el tronco de la población hispanoamericana.

Los descendientes de los españoles nacidos en América que no se mezclaron con los indios u otras razas se llaman *criollos*, término sinónimo de la gente blanca. Gracias a la gran extensión del mestizaje, tanto los criollos como los indios constituyen hoy una minoría. En Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Perú hay todavía un considerable porcentaje de indios, pero tanto en estos como en otros países de Hispanoamérica predominan los mestizos. Los *indios* debido a sus condiciones generalmente primitivas y falta de aculturación, viven en su mayoría, casi al margen de la vida nacional en varios países hispanoamericanos.

Mientras tanto, los criollos, merced a su importancia social y económica e influencias culturales, desempeñan un papel preponderante en la mayor parte de Hispanoamérica. Países como Argentina y Uruguay están poblados principalmente de criollos y de descendientes de inmigrantes blancos. Por eso, a dichas naciones del Plata las llaman *países criollos*. También lo son Chile y Costa Rica, ya que en ellos es difícil hallar notorias huellas de mestizaje, pese a que en el caso de Chile durante la época colonial haya vivido un núcleo bastante numeroso de indígenas.

Vale la pena explicar aquí que mientras la antropología define el mestizaje como entrecruzamiento de la raza blanca con la india, el mestizaje en la libre interpretación intelectual hispanoamericana ha de entenderse como cualquier mezcla racial, sin restringirla a determinados grupos étnicos. Tal circunstancia induce a veces a algunos escritores "latinos" (Vgr. F. Pallavicini) a llamar *mestizos* no sólo a los hispanoamericanos sino también a los angloamericanos en cuanto se les considera a todos producto de varias mezclas étnicas dentro de sus constantes históricas.

La mezcla racial estadounidense dentro del *conglomerado étnico* se parece algo al mestizaje hispanoamericano, pero tiene que ser considerada bajo otros aspectos. La estructura étnica de los Estados Unidos es diferente de la de Hispanoamérica. La dominan mayormente los blancos de origen europeo, quienes se mezclan principalmente dentro de los grupos étnicamente parecidos. Sin embargo, entre ellos y varios grupos minoritarios estadounidenses, también ocurre la mezcla racial, en grados variados y quizá con menos intensidad. Esta mezcla abarca, no obstante, a gente de tan distintos continentes como Europa, Sudamérica, África y Asia, lo cual mereció a los Estados Unidos el calificativo de *crisol de razas*. Sin embargo, lo que esencialmente sobresale en este país angloamericano es no tanto la mezcla étnica sino la simbiosis ideológica, producto de la amalgama de civilizaciones e ideologías de varios continentes. Se trata, pues, de un *crisol ideológico*, cuya nivelación y ajustes a las necesidades del momento se reflejan en la constante evolución civilizadora, a través de muchos logros e inquietudes sociales y raciales. Por estas razones, el crisol ideológico en los Estados Unidos tiene mucho más importancia que el crisol de razas, aunque a veces los dos fenómenos se funden en uno.

El Libertador Simón Bolívar hizo una definición del mestizaje en 1819 al decir: "No somos europeos, no somos indios, sino una especie media entre los aborígenes y los españoles". Sin embargo, la herencia colonial española sobre la inferioridad racial del indio repercutiría todavía por mucho tiempo. La perjudicial doctrina racista de Gobineau sobre la "supremacía nórdica" no contribuyó a crear un sentido igualitario. Pero, tampoco pudo contener el

desenvolvimiento de la *civilización mestiza*, que se forjó su propia conciencia y derechos de "ciudadanía cultural".

El ensayista colombiano, Germán Arciniegas, debido al histórico proceso de amalgama de razas, considera mestizos tanto a los pueblos europeos como a los americanos. Su opinión se basa en el análisis del desarrollo étnico-cultural del Viejo Mundo, "en donde se recogieron y aglutinaron los hombres de Asia, de África y de Europa misma". Por eso, considera a la Europa de la época del descubrimiento como "continente de mestizos, triángulo de razas y culturas". Arciniegas cree que la existencia de distintas sangres le ha inyectado a los españoles fuerza imaginativa y creadora, que por consecuencia tiene sus proyecciones en los hispanoamericanos.

En su ensayo *América, tierra firme*, Arciniegas examina cuidadosamente la idiosincrasia mestiza hispanoamericana.<sup>1</sup> Atribuye a los mestizos, entre otros rasgos, la ingeniosidad y el afán creador, por un lado, y por otro, la doblez del alma y la ansiedad interna. Según él, la doblez es una virtud debido a la grandeza del proceso en que un alma se bifurca a través de la mezcla racial. Las ventajas de esta amalgama son evidentes cuando enriquecen al individuo con nuevos valores psíquicos que le abren nuevos horizontes en el camino de su desarrollo interno. Desde luego, el mestizo padece también de falsía, indecisión, decepción e inestabilidad. Pero estos complejos inevitables parecen ser contrarrestados con inteligencia y un enorme potencial de fuerzas vitales que ya se están despertando plenamente.

Otro intelectual colombiano, Jorge E. Gaitán, atribuye al pueblo mestizo un rasgo más, denominado por él como "malicia indígena", que es un sexto sentido de desconfianza ante el explotador. Arciniegas está convencido de que "los hispanoamericanos ostentan un espíritu faústico más desarrollado que los europeos, porque al natural deseo de progresar unen la contemplación de una realidad esplendorosa que les muestra hasta dónde han podido llegar los europeos". No cabe duda que tal actitud mestiza se relaciona con la ambición de querer superar a otras sociedades para alcanzar sus logros culturales en menor tiempo. Es una motivación plausible, porque muestra cierto grado de *vitalidad mestiza*, aun cuando el ritmo de vida en la América mestiza sea, generalmente, lento.

Como ferviente defensor de los valores americanos precolombinos, Arciniegas cree que los logros de la civilización indígena del Nuevo Mundo eran superiores a los que existían en España durante la conquista. Esta postura proindigenista, aunque, a veces, demasiado emocional, es comprensible. Tocado de cierto orgullo mestizo-americanista, Arciniegas expresa su admiración por la grandeza de las viejas capitales azteca e incaica y por los monumentos del arte

<sup>1</sup> ARCINIEGAS, Germán, *América, tierra firme* (Santiago de Chile, 1937), pp. 46-48.

indígena, la cual compartimos. Empero, la comparación de las pirámides de Teotihuacan o Chichen Itzá con la catedral gótica de Burgos o la fachada plateresca de la Universidad de Salamanca, por ejemplo, sería muy discutible. Aquellos monumentos tienen distintas características y valores. Por eso, el excesivo optimismo nativista, aunque bien intencionado, no es factiblemente justificado. Hay que recalcar, sin embargo, la originalidad analizadora de Arciniegas, al señalar el complejo idiosincrático del mestizaje, en el cual el orgullo se entretreje con la conciencia americana y el arraigado sentido telúrico.

Como ya señalamos, el mestizo constituye hoy el tronco étnico de Hispanoamérica y, por eso, en él se apoya el destino de muchos países. El mestizaje, con todas sus virtudes y defectos, sigue su marcha histórica a escala continental. Hay pocos escritores hispanoamericanos a quienes les deja de atraer esta difícil temática, todavía velada por el misterio psíquico de la conducta mestiza. Uno de ellos es el ensayista peruano, Luis Alberto Sánchez, quien en su obra *¿Existe América Latina?* (México, 1945) discute la transformación étnico-cultural dentro de la compleja personalidad hispanoamericana. El autor asume una postura que oscila entre el indigenismo y el criollismo, por medio de la cual analiza el *dualismo espiritual mestizo* con evidente sobriedad. Es un examen psicológico en el cual Sánchez recalca que "el mestizo se acerca biológicamente al indio, pero intelectualmente al europeo y es síntesis de ellos". La tesis de Sánchez parece lógica; pero su afirmación no abarca necesariamente a todos los países hispanoamericanos de igual manera. Como se sabe, en Colombia y Venezuela, por ejemplo, el mestizo se parece más al criollo que al indio.

Debido a la muy arraigada tradición española, el mestizaje colombiano, ecuatoriano, venezolano o peruano tiende a identificarse con el criollismo, desde luego, más bien en el sentido intelectual que en el étnico. Tal cosa no excluye, empero, el que algunos escritores como el colombiano Fernando González, en su obra *Los negroides* (Medellín, 1970) admita que no pocos sudamericanos oculten a sus ascendientes indios o negros. Dice González: "En realidad, tal mezcla es un bien; pero en la conciencia tenemos la sensación de pecado. Vivimos, obramos y sentimos el complejo de la ilegitimidad". Apenados por tal motivo, no faltan, pues, sudamericanos que simulan europeísmo. Lo contrario existe en los países mesoamericanos, sobre todo en México, donde la conciencia mestiza es muy evidente y, por eso, mucha gente se siente orgullosa de su origen indígena.

Respecto a la terminología que concierne a los mestizos, todavía existe gran discrepancia. Así, en la libre noción intelectual se considera mestizo a cualquier mezcla del europeo con el nativo americano, fuera este indio o negro o

descendiente de ellos. Tal generalización terminológica logró, al parecer, bastante popularidad en algunas regiones de Sudamérica. Por eso, el investigador chileno Rolando Mellafe introdujo hace poco dos nuevos términos: *euromestizo* que denota la unión del europeo (español) con criollas o mestizas predominantemente blancas, y *afromestizo* que señala una mezcla racial en la que participa la sangre africana. Dichos términos parecen comprensibles y útiles, ya que sugieren la preponderancia de determinada sangre en el conjunto del mestizaje, aun cuando difieran de los científicamente aceptados términos antropológicos.

Sánchez considera la raza como producto de la geografía y como factor étnicamente unitario, que hubo de influir primero en el indio, después en el español, luego en el negro, y por último en el mestizo, síntesis de todos. Este concepto de Sánchez acerca del *mestizaje* encaja, pues, en la libre interpretación intelectual más bien que en la rígida definición antropológica. Sin embargo, en la discusión de las transformaciones étnicas, Sánchez hace acertadas observaciones sobre el desigual grado de la mezcla racial, cuyos resultados se notan ora en el aindiamento del blanco ora en el blanqueamiento del indio. Tales fenómenos hacen, a veces, difícil de revelar hasta qué punto las características peninsulares penetraron en el indígena y, al revés, hasta qué grado los rasgos indígenas se adentraron en la personalidad de descendencia española. En estos casos no se trata simplemente de la simbiosis biológica sino también, y aún en mayor grado, del trasplante de ciertas cualidades psíquicas. Semejantes consideraciones nos llevan a distinguir entre los *mestizos españoles* y los *indios* ligeramente *amestizados*. A veces es difícil penetrar en las motivaciones internas de éstos y aquéllos. El único indicio de su distinción idiosincrática, por lo visto, en su conducta individual que se revela en la personalidad del hombre.

Sánchez considera el papel del mestizo como si se tratara de quien todavía no ha colmado sus dimensiones históricas, y añade lo siguiente: "Falta aún clarificar su posición emotiva, difícil de precisar por su inadaptación presente, en parte a consecuencia de una ausencia visible de vertebración substantiva y honda. El acervo espiritual del mestizo posee una multiplicidad desconcertante. En ello influye la orfandad de sus tradiciones, no por carecer de ellas, sino por sufrir muchas. De ahí, en parte, su grandeza y su miseria".

El proceso de formación de la idiosincracia mestiza se remonta a la primigenia mezcla biológica del español e indio, la cual pasó por extraños caminos. Según el autor peruano, mientras el indio trataba de absorber lo hispánico dentro de sus posibilidades de asimilación, el blanco peninsular se mantenía al margen. Parece que la motivación española en aquella simbiosis se basaba más en la *concupiscencia* que en la voluntad de engendrar nuevos valores

espirituales. Para crear tales valores hubo necesidad de un nivel cultural que no tenían la mayoría de los colonos peninsulares. Fue una laguna que se hizo responsable del *abismo* entre esos dos grupos humanos. Sánchez señala que este "abismo no fue colmado por el mestizo, puesto que las discrepancias étnicas que él sintetiza, residen más en el alma que en la sangre". Esta acertada deducción parece confirmar la existencia del *dualismo psíquico* dentro de la mentalidad mestiza.

Ahora bien. La mezcla racial con todas sus ventajas o desventajas biológicas o fisonómicas, trajo consigo ciertas discriminaciones económicas que en la colonia y después equivalían a *prejuicios sociales*. Se manifestaban en la división de la sociedad colonial en varias clases según su condición de bienestar material. Tal división mostraba la incompatibilidad de dichas clases o grupos étnicos, que lógicamente tuvo que ver con los *prejuicios raciales*. Sánchez discute con valor y honestidad estas desigualdades sociales, remontándolas a la época precolombina, es decir, antes de la llegada de los españoles y portugueses al Nuevo Mundo. Los prejuicios existían ya entre los aztecas e incas, que considerándose superiores a otras tribus indígenas, se casaban sólo dentro de su propio clan. Sánchez considera como primer racista español al P. Bartolomé de Las Casas, quien tratando de ayudar a los indios, se mostró injusto con los esclavos negros. El abuso contra los indios y negros durante la colonia era frecuente y el relegar a los mestizos a puestos inferiores, es otra prueba de la discriminación. Sánchez cree que el español, en su afán de legitimar su conquista, creó el *mito racial* que tanto ha contribuido a retardar la formación definitiva de la personalidad mestiza. Contrario a algunos escritores hispanoamericanos que prefieren cubrir el asunto racial con silencio o relegarlo a un lugar secundario, el mencionado ensayista peruano lo expone de esta manera: "El problema del *racismo* implícito y explícito en la América Latina debe ser considerado como primordial. De él depende, en no escasa proporción, el de nuestra unidad efectiva".

Observaciones muy interesantes sobre el mestizaje se derivan de los estudios de México, donde la mezcla racial parece la más equilibrada de toda Hispanoamérica. El etnohistoriador mexicano, Wigberto Jiménez Moreno, en su trabajo *El mestizaje y la transculturación en Mexiamérica* (México, 1961) examina cuidadosamente el proceso de la mezcla étnica en varias partes de la República Mexicana, el Suroeste de los Estados Unidos y Centroamérica. Lo estudia tanto en las zonas agrícolas de preponderancia indígena como en las urbanas que se caracterizan por su *mestización* activa. El autor señala la resistencia a la mestización de algunas comarcas muy indígenas como Yucatán, donde "el grupo de origen español ha permanecido muy fuerte frente al indio por bastante tiempo, con esa cohesión y agresividad que tienen las minorías

cuando se enfrentan a una mayoría, inclusive desarrollando actitudes, un tanto racistas y, desde luego, discriminatorias". Por otro lado, se dan casos de fuerte *hispanización* en varias comarcas aisladas de Nuevo México (EE.UU.) en donde las gentes, muy orgullosas de su ascendencia ibérica, se olvidan de que sus antepasados llegaron de la Nueva España o sea de México, y no directamente de España. Hay que subrayar aquí que el *orgullo hispánico* es también un rasgo típico de la civilización mestiza.

El papel histórico de los mestizos empieza a marcarse perceptiblemente desde la guerra de Independencia. Así, por ejemplo, en México aparecen caudillos mestizos muy notables como Morelos y Guerrero, quienes en sus hazañas encuentran también el apoyo de los indios. Desde los tiempos de la Revolución Mexicana, de 1910 en adelante, tanto los indios como los mestizos llegan a ser un importante contingente militar. Aunque el mando revolucionario se halló dividido en manos de los criollos y mestizos, no faltaron líderes rurales como Emiliano Zapata y Pancho Villa, notables guerrilleros. El Presidente Lázaro Cárdenas, de origen predominantemente indio, mediante la Reforma Agraria, hizo mucho en favor de la causa indígena. Por eso, Jiménez Moreno afirma que desde esa época "el indígena es uno de los factores que han dado a México una fisonomía inconfundible, y México es precisamente uno de los países más equilibradamente mestizos del continente americano".

La dramática participación de los mestizos y de los indios en forjar los cimientos modernos de México está descrita, de una manera realista, en las obras de una nueva clasificación novelística, llamada la *novela de la Revolución Mexicana*. Los ejemplos notables de esta narrativa revolucionaria son *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, *El águila y la serpiente* (1928) de Martín Luis Guzmán, *¡Vámonos con Pancho Villa!* (1931) de Rafael F. Muñoz, *Tierra* (1932) de Gregorio López y Fuentes, *Cartucho* (1931) de Nellie Campobello, *La asonada* (1931) de José Mancisidor y *Mi caballo, mi perro y mi rifle* (1936) de José Rubén Romero, para mencionar sólo algunas novelas de este tipo que llegan a docenas. También hubo reacción psicológica antirrevolucionaria, manifestándose posteriormente en *El luto humano* (1943) de José Revueltas, *Al filo del agua* (1947) de Agustín Yáñez y *La región más transparente* (1958) de Carlos Fuentes. No cabe duda, sin embargo, que la Revolución Mexicana (su etapa inicial: 1910-1917), por ser el primer auténtico acto de protesta continental del siglo XX, ha influido en despertar la conciencia mestiza de otros países hispanoamericanos. Acrecentó, así, más tarde su rebeldía intelectual y política.

*La novela de la violencia colombiana* que describe los trágicos acontecimientos de la no declarada guerra civil en Colombia, a partir de 1948, refleja una notoria semejanza con la narrativa mexicana. Sus ejemplos son: *El Cris-*

*to de espaldas* (1952) y *Manuel Pacho* (1966) de Eduardo Caballero Calderón, *El alzamiento* (1960) de Luis Castellanos, *Balas de la ley* (1953) de Alfonso Hilarión Sánchez, *Tierra sin Dios* (1954) de Julio Ortiz Márquez, *La calle 10* (1960) de Manuel Zapata Olivella, *Quién dijo miedo* (1960) de Jaime Sanín Echeverri, *La mala hora* (1962) de Gabriel García Márquez y *Las bestias de Agosto* (1964) de Enrique Posada, sin mencionar más novelas de este tipo.

Igual rumbo ideológico toman también las *novelas revolucionarias cubanas*, que narran la sublevación de Fidel Castro en 1958 y la anatomía de su revolución. Tales obras son: *Mañana es 26* (1960) de Hilda Perera, *No hay problema* (1961) de Edmundo Desnoes, *Maestra voluntaria* (1962) de Daura Olema García, *Los muertos andan solos* (1962) de Juan Arcocha, *Pequeñas maniobras* (1963) de Virgilio Piñera, *Vivir en Candonga* (1966) de Ezequiel Vieta, y *La vida en dos* (1967) de Luis Agüero. Indicamos aquí sólo algunas narraciones de esta índole, sin mencionar las abundantes *memorias* de los autores exiliados, opuestos a la revolución castrista.

El cambio gradual de mutua postura entre los varios grupos étnicos dentro del espectro de la civilización mestiza se debe indudablemente al enorme progreso intelectual del mestizo, que se manifiesta en reconocidos logros literarios, artísticos y científicos. Al referirnos a la interacción de los varios elementos que se funden en la *idiosincrasia mestiza*, conviene decir que el sentido telúrico heredado de los indígenas, se revela notablemente en la literatura mestiza; pero es algo desdibujado o hace falta en la literatura criolla, sobre todo, la rioplatense. Rasgos nativos parecen ser, además, la apacibilidad, la percibibilidad artística y la apatía. El sentido contemplativo puede ser atribuido tanto a los indígenas como a los peninsulares, fundiéndose esta característica en la personalidad mestiza muy ostentosamente. Mientras tanto, la herencia española se expresa en la imaginación desenfadada, sensibilidad estética y exuberancia emocional, rasgos que se reflejan tanto en las letras mestizas como en las criollas. De no poca monta son también el muy desarrollado sentido especulativo y el frecuente tono de espiritualidad, características inseparables de la mentalidad hispanoamericana.

Desde los tiempos del Inca Garcilaso y Alva Ixtlilxóchitl hasta la época moderna se podría formar una larga lista de notables hombres de letras y artistas mestizos. Bástenos mencionar sólo a algunas figuras representativas como Rubén Darío, Ricardo Jaimes Freyre, José Santos Chocano, Ricardo Palma, Manuel Altamirano, Franz Tamayo, César Vallejo, Alcides Arguedas, José C. Mariátegui, Diego Rivera, José Clemente Orozco, José Sabogal, Oswaldo Guayasamín y Carlos Chávez. Fama internacional ha logrado Miguel Angel Asturias, ganador del Premio Nobel (1967). La contribución cultural

y artística de estos y otros personajes a la cultura moderna es demasiado evidente para que se reitera su importancia. Empero, en Hispanoamérica nadie los distingue como mestizos sino como creadores de obras, que trascienden los conceptos raciales. Quizá, por eso, pocos críticos literarios hispanoamericanos se ocupan debidamente del aporte mestizo a las letras universales.

#### "LOS MESTIZOS"

Es curioso notar que el término *mestizo* en el sentido étnico está usado con más frecuencia en la literatura antropológica que su aplicación cultural en la crítica artístico-literaria. Se suele hablar vagamente de "nuestro continente mestizo", pero no se le presta la atención debida. Una muestra de ello es la obra *Letras del continente mestizo* (Montevideo, 1967) del talentoso autor uruguayo Mario Benedetti. Se ocupa en ella de algunas lumbreras de las letras mestizas, pero al analizar su producción literaria, no la identifica como su genio étnico cultural. La postura de dicho autor criollo es bastante extraña, porque el lector al tomar su obra en la mano, espera hallar la elaboración de los conceptos psicológicos de sus autores, que provienen de su alma mestiza. Pero salvo el fascinante título del libro de Benedetti, en su contenido crítico-literario no hay casi nada que pudiera directamente esclarecer los móviles interiores del "mestizaje cultural". En este y semejantes casos es difícil adivinar si se trata de la falta de comprensión criolla de la compleja idiosincrasia mestiza o simplemente de la evasión de su análisis, dejándose a los mismos intelectuales mestizos, que a veces lo hacen con ingeniosidad. Por cierto, son casos muy contados.

Así, se intenta definir, de vez en cuando, el afán del mestizaje en el sentido intelectual. El ensayista venezolano, Arturo Uslar-Pietri, dijo en cierta ocasión que "Tan avasalladora es la vocación del mestizaje y el fondo histórico del fenómeno cultural que se pone de manifiesto aún en aquellos casos en que los hombres de pensamiento pretenden reaccionar intelectualmente contra la tradición y la herencia del pasado e instaurar un nuevo rumbo".<sup>2</sup> Uslar-Pietri se refiere, desde luego, al enfoque literario de los autores mestizos en los asuntos americanos, posiblemente para contraponerlo al insuficiente interés criollo por la misma temática. Es un anhelo legítimo, que a la vez señala el alejamiento progresivo de Hispanoamérica de los asuntos peninsulares. Aun cuando tal hecho no signifique el corte de los lazos culturales entre Hispano-

<sup>2</sup> USLAR-PIETRI, Arturo, "El Mestizaje en el Nuevo Mundo". *Revista de Occidente* (Madrid, 1967), No. 49, pp. 24-25.

américa y España, es lógico que la sociedad multirracial hispanoamericana se esté concentrando cada vez más en sus propios problemas vitales. De su solución depende, pues, su propio porvenir. La problemática mestiza ocupa en tal respecto el interés principal, porque la sociedad mestiza constituye hoy el tronco de la población de Hispanoamérica.

Entre algunos pueblos hispanoamericanos existe la tendencia de rechazar ciertas raíces peninsulares, porque se culpa a España por el retraso y desgracias sociales, que Hispanoamérica sufrió bajo su tutelaje colonial y aún más tarde. Tal hecho es responsable de la complejidad idiosincrática que concierne, sobre todo, a los mestizos quienes junto con los indios, sufrieron el abuso de la dominación española. Es un curioso problema que, al parecer, no tiene una fácil solución, ya que está atado al *complejo atávico*, que se manifiesta en la similitud de costumbres hispánicas. Según señala el concienzudo investigador mexicano, Leopoldo Zea: Hispanoamérica, aunque obtuvo a principios del siglo XIX su *emancipación política* de España, no logró a la sazón su *emancipación mental*. Por eso, los hispanoamericanos aún después de separarse de España, seguían siendo españoles en su alma y ostentaban las mismas virtudes y defectos de los peninsulares.<sup>3</sup>

Así, el despotismo colonial español desde la Independencia ha sido meramente sustituido por el despotismo republicano hispanoamericano, con su caudillismo, absolutismo, paternalismo, latifundismo y otros —ismos. Muchos de estos rasgos están todavía hondamente inculcados en el alma hispanoamericana, sin que mucha gente se dé cuenta de ello. Tal fenómeno confirma simplemente la inseparabilidad psicológica entre España e Hispanoamérica, al igual que sus nexos lingüísticos y religiosos, aun cuando las dos entidades desde hace tiempo sigan sus propios rumbos de desarrollo cultural. La interacción de los "viejos" rasgos heredados con los posteriormente adquiridos en su propio seno, hace, pues, la idiosincrasia mestiza bastante compleja. Parece como si la ironía histórica efectuara una extraña jugada al hacer que los hispanoamericanos desdeñen ciertas costumbres peninsulares que ellos mismos cultivan. Es un típico caso del *atavismo étnico*.

Por eso, el análisis de la personalidad mestiza no es fácil. El mestizaje biológico y la aculturación produjeron un complejo idiosincrático, que se caracteriza por diversidad de actitudes. Unas son lógicas y otras contradictorias como sus *motivaciones psicológicas*. Su conjunto es como un laberinto misterioso en el cual es difícil hallar el camino que conduzca a una interpretación racional. Tal incógnita es a la vez fascinante por ocultar el subfondo emotivo de la conducta mestiza. Tratar de penetrar su psicología es como acercarse al pozo

<sup>3</sup> ZEA, Leopoldo, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica* (México, 1949). Véase el Cap. III, "La herencia española en Hispanoamérica", pp. 74-85.

de sus mágicas vivencias, pero al mismo tiempo nos encontramos confundidos frente a sus íntimas realidades anímicas. No obstante, la discrepancia entre lo real y lo imaginativo hace la *literatura mestiza* temáticamente atractiva. Ofrece una tremenda variedad ideológica y anecdótica, lo cual comprueba el alto grado de la *inteligencia mestiza*.

El pensador mexicano, Octavio Paz, expone el misterioso rumbo de la conducta y actitudes mestizas con bastante claridad. En su obra *El laberinto de la soledad* (México, 1950) analiza ciertos conflictos que surgen en la conciencia mestiza. Entre ellos señala el egocentrismo, el empleo de la violencia, el abuso de autoridad por parte de los poderosos, el escepticismo y resignación del pueblo, como resultado de sus desilusiones post-revolucionarias. Aunque Paz se refiere específicamente a México, su análisis también puede ser aplicado, en varias medidas, a otros pueblos de Hispanoamérica, que poseen iguales estructura étnica, mentalidad y condiciones sociales. La supervivencia del servilismo lo atribuye Paz a la miseria y a las abrumadoras desigualdades sociales, que han humillado al pueblo; pero también produjeron en él un espíritu de rebeldía contra las injusticias. Semejantes tribulaciones interiores las atribuye Paz al choque étnico entre españoles e indios en los comienzos de la conquista. Un caso ejemplar es la unión libre del conquistador Hernán Cortés con la india Malinche, también llamada doña Marina. Su papel de amante se le considera como equivalente a una traición al indio y, por lo tanto, a la dignidad mexicana. Por esta razón, el término *malinchismo* se usa ahora popularmente en México para denunciar a todos los contagiados de contaminaciones extranjerizantes y, en cierto sentido, enemigas del pueblo.

Hay que señalar aquí que, de todas las antiguas colonias españolas, México es el único país que nunca erigió un monumento a Cortés. Otras naciones, por lo contrario, sí honraron a sus conquistadores como Pizarro, Jiménez de Quesada, Valdivia, Mendoza, Cabeza de Vaca, Orellana o Martínez de Irala. Esta postura mexicana está indudablemente motivada tanto por el orgullo como por un hondo sentimiento nacionalista. Se explica tal hecho en la renegación al hibridismo racial y la condenación de la tradición hispánica, que es "un conjunto de gestos, actitudes y tendencias en los que ya es difícil distinguir lo español de lo indio". El mexicano no quiere ser ni indio ni español. Quiere romper con el pasado colonial que produjo el mestizaje. Como mestizo, se niega a sí mismo, porque no ve claro su destino. Tal conciencia le empuja a la soledad personal e histórica. Aunque Paz no niegue el beneficioso impacto cultural español, no puede ocultar el escepticismo popular de la situación actual que ha llevado a muchos mexicanos a "vivir cerrados frente al pasado". Desde luego, esto no concierne a los indigenistas, aun cuando Paz tenga algunas dudas al respecto, diciendo que "la propaganda indigenista está sostenida

por criollos y mestizos maniáticos, sin que jamás los indios le hayan prestado atención". ¿Quiere decir esto que se trata de insinceridad o de un acentuado dualismo psíquico?

Paz deplora, sin embargo, la tragedia mestiza del desarraigo étnico, cuando dice: "Es pasmoso que un país, es decir, México, con un pasado tan vivo, profundamente tradicional, atado a sus raíces, rico en antigüedad legendaria, si pobre en historia moderna, sólo se conciba como negación de su origen". Respecto a la actitud racial dentro de la mentalidad mestiza, la tesis mexicana de Paz y de Jiménez Moreno no difieren de la tesis peruana de Sánchez. Todas ellas están en contradicción con el excesivo optimismo de la tesis colombiana de Arciniegas. Hay que añadir aquí que el Perú, México, Bolivia y Ecuador tienen un considerable porcentaje de población indígena, cuyo número es insignificante en Colombia y Venezuela; pero todos estos países son fundamentalmente mestizos. Aun cuando la postura mestiza respecto a su origen exalte a veces el valor de lo indígena, hay también opiniones contrarias. Estas, aunque contadas, provienen de los *hispanófilos* iberoamericanos, que alaban todo lo peninsular desmesuradamente. En este respecto el orgullo mestizo no conoce fronteras nacionales, siendo tal orgullo intelectual uno de los rasgos básicos de la común idiosincrasia hispana.

A despecho de todo eso, la *conciencia mestiza* experimentó en los últimos tiempos una especie de revaloración de los nexos emotivo-históricos con su antigua "madre patria". Parece que en la conciencia hispanoamericana se hace cada vez más patente que dichos lazos con España, aunque positivos en el campo cultural, fueron más bien negativos respecto a la estratificada estructura social y al predominio peninsular en la jerarquía política y eclesiástica de las colonias. La exclusión de los mestizos y otros grupos étnicos del manejo colonial es bien conocida, no permitiéndole heredar una equilibrada tradición político-administrativa, la cual se desarrolló entonces, por ejemplo, en las colonias inglesas del Nuevo Mundo. Después de que Hispanoamérica se independizara de España, no hubo modelo gubernamental que implantar para el mejoramiento general de las nuevas repúblicas.

Desde luego, no se puede culpar de todo eso a España, ya que los pueblos hispanoamericanos independientes hubieran podido escoger durante los 160 años de su soberanía un sistema político-social que más plugiera a sus anhelos y necesidades. Sin embargo, justificadas o injustificadas estas pretensiones de carácter histórico-político, en los rincones de la mentalidad mestiza quedó una especie del inconsciente *reproche psíquico* hacia España. Es curioso notar que tal situación exista, sobre todo, en algunos países con bastante población indígena, poco o no hispanizada. Es precisamente allí donde surgieron los significativos términos *Indoamérica* e *Indoiberoamérica*, que de una u otra manera oscurecen

la latinidad peninsular en el histórico espectro étnico-cultural de estas tierras, o hasta la niegan. Quizá, por eso, algunos países y escritores mestizos, movidos por la sensibilidad y orgullo del glorioso pasado indígena, lo enaltecen ahora. A tal circunstancia se debe la creciente tendencia del *nativismo*, que en varias formas trata de ligar el pasado indígena con la vida contemporánea de dichos países mestizoamericanos.

La civilización mestiza ha sido recientemente objeto de serias investigaciones que abarcan varios aspectos de la vida hispanoamericana. La antropología hace una clara distinción entre el *mestizaje biológico*, es decir, la mezcla de sangre, y la *aculturación*, o sea la transferencia de elementos culturales, la cual a veces se llama, en el sentido libre, *mestizaje cultural*. En el proceso de aculturación hay que tomar en cuenta el grado de intensidad en transferir los valores culturales por un individuo a otro y la capacidad de éste en absorberlos. La persona "aculturada" es el producto del proceso de aculturación. El mestizaje biológico tiene poca o ninguna relación con la aculturación, ya que ésta requiere la habilidad de asimilación en el sentido intelectual. Mientras tanto, la absorción de ciertas costumbres y rasgos de carácter social, que llamamos *aculturación social*, ocurre en los países mestizos con frecuencia. El aspecto quizás más importante de los estudios americanistas del presente, es la estrecha vinculación del mestizaje con las actitudes interraciales en Hispanoamérica.

La mayor aportación en este campo corresponde al antropólogo Juan Comas, quien a través de la obra colectiva *Relaciones interraciales en América Latina: 1940-1960* (México, 1961), abarca el panorama de convivencia de varios grupos étnicos desde el Río Grande hasta la Tierra del Fuego. Su significación es tanto más amplia cuanto que comprende también alusiones al problema racial en Angloamérica. Basándose en datos fehacientes e investigaciones regionales, Comas no niega la existencia de la *discriminación racial*, sobre todo, en los países con preponderante población indígena. El autor califica, sin embargo, esta discriminación más bien de prejuicios de tipo social, cultural y económico, que como consecuencia de determinadas actitudes raciales entre los varios estratos de la población hispanoamericana. Según Comas, "Tal estado de cosas —de hecho, aunque no de derecho— motiva el que grandes sectores de población no se hayan integrado a la respectiva nacionalidad de sus países". Tal parecer coincide con la opinión de varios americanistas europeos, sobre todo, con la del antropólogo Alfred Métraux. En su ensayo *Problema racial en América Latina* (París, 1960), publicado por la UNESCO, Métraux dice lo siguiente: "En ninguna región de la América de habla española se presentan las relaciones raciales con la inhumana rigidez con que se asocia a la noción del racismo. Pero sería erróneo afirmar, como sucede, con frecuencia, que en los países con fuerte porcentaje de población indígena, no existan ciertas formas de prejuicio y de



discriminación de carácter racista". No cabe duda que dicho prejuicio está sutilmente camuflado. Pese a tales afirmaciones, es poco discutible que los prejuicios raciales en Hispanoamérica son menos intensos en comparación con los de Angloamérica, pero existen.

Sin embargo, la vida sigue su marcha y conlleva cambios que se reflejan también en la transformación social de la clase mestiza. Los mestizos ganaron en los últimos tiempos mucha respetabilidad. El surgimiento de los sectores medios cuya existencia era antes casi insignificante, tiene estrecha relación con la revolución social que todos presenciamos. Entre los observadores de tales cambios quizá el más imparcial y autorizado es el socio-antropólogo norteamericano, John Gillin. En su ensayo *The Social Transformation of the Mestizos* (México, 1961) dice que durante los últimos cincuenta años se fueron gradualmente desvaneciendo los viejos prejuicios contra la mezcla racial y los mestizos, en muchos sectores latinoamericanos. Según él, Latinoamérica está ahora experimentando una revisión fundamental de su estructura social, en la cual el papel de las genealogías y los atributos físicos de la raza comienzan a ser subestimados.

Gillin señala que "ahora está surgiendo una 'nueva aristocracia' que se esfuerza por alcanzar el poder e influencia en los negocios, la política y la vida intelectual. En varios países hispanoamericanos los miembros de esta nueva y creciente clase social son obviamente los mestizos". Muchos de ellos lograron subir el *escalafón social* por su propio esfuerzo y por eso tienen poco respeto para con la nobleza de abolengo y la pureza racial. Gillin subraya que en el proceso del cambio de los mestizos de un estrato social a otro, el *dinamismo* y las habilidades individuales sobrepasan las consideraciones étnicas y somáticas. Estas observaciones son muy alentadoras, porque muestran que el mestizo va gradualmente llenando el vacío histórico. Le ayudan en tal proceso su *inteligencia* y *dinámica social*, que se desenvuelven al compás de su fantasía desenfrenada y de varias inquietudes espirituales.

Concluyendo nuestras reflexiones étnico-culturales, hay que decir que el mestizaje como consecuencia del conglomerado racial, se había conocido en España antes de la colonización del Nuevo Mundo. Lo afirma la historia de los últimos tres milenios. Las invasiones, conquistas y ocupación territorial de la Península Ibérica por una multitud de pueblos, desde los tartesios, celtas, iberos y fenicios hasta los cartagineses, griegos, romanos y árabes, hicieron del pueblo español una raza multisanguínea. Se fundían en ella rasgos de varias civilizaciones e idiosincrasias étnicas. El pueblo español como producto de aquel *crisol histórico* tuvo, así, fuertes antecedentes de mestizaje europeo-africano, antes del descubrimiento del Nuevo Mundo. Lo trajo a las tierras americanas, reforzándolo con la mezcla con los indios. Los colonos portugueses que llegaron al Brasil, llevaron a su vez, a través de su histórica experiencia comercial-marítima y

colonizadora, las raíces europeas, africanas y asiáticas. Fertilizaron con ellas su extenso mestizaje novomundano, mediante la mezcla con los indios y negros. Tales hechos explican el mosaico étnico-cultural de Iberoamérica, en su dimensión histórica.

Algunos ensayistas ibéricos nunca utilizan el término de "mestizaje" para tal mezcla étnico-cultural, pero su implicación histórica es evidente. Lo afirma la obra del ilustre hispanista Américo Castro, *España en su historia* (Buenos Aires, 1948), cuyo subtítulo "Cristianos, moros y judíos" es muy significativo. Denota, pues, los tres principales grupos étnico-religioso-civilizadores, que establecieron las tres principales ramas de la cultura española antes de Colón. Sus reflejos espirituales, como es fácil de suponer, perduraron aún por mucho tiempo. Mientras tanto, las peculiaridades idiosincráticas peninsulares continúan influyendo en los hispanoamericanos. Los españoles que emprendieron el mestizaje novomundano, lo enriquecieron con su experiencia ecológica y valores culturales, pero también lo debilitaron con sus contradictorios rasgos anímicos. Se originó, así, una *complejidad psíquico-social*, que todavía espera un análisis más detallado de las motivaciones del ser hispanoamericano, para entender tanto la grandeza como las debilidades de la mentalidad mestiza.

Vale la pena añadir aquí una observación que tiene que ver con la defensa de la tradición mestiza hispanoamericana, en el ambiente anglosajón. Se trata de los diez millones, aproximadamente, de ciudadanos estadounidenses de descendencia mexicana, que viven principalmente en Texas, Nuevo México, Arizona y California. Expuestos a la "angloamericanización", tratan de conservar su identidad étnica a través del idioma español y costumbres mexicanas, los cuales regían en estas comarcas antes de que fueran incorporadas a los Estados Unidos (1848). Entre estos mexicano-norteamericanos hay no pocos casos de bilingüismo, pero en su tremenda mayoría están apegados a la *mexicanidad ancestral*. Así, pues, aparte de conformarse con algunas costumbres yanquis de poca monta, ellos no ostentan marcados rasgos de aculturación en el ambiente anglosajón, en cuyo seno pueden vivir como quieren. Sin embargo, esta alienación voluntaria, acompañada de varias desventajas sociales y económicas, ha creado en ellos un extraño *complejo psicológico*. Se manifiesta de este modo: de un lado, existe su resistencia a la aceptación de la civilización angloamericana, la cual les parece espiritualmente ajena; mientras, que del otro, debido a limitados intereses o contactos intelectuales con su madre patria, les falta identificación con los valores auténticos culturales de ella, aun cuando la están añorando.

Es una especie de doloroso dualismo psíquico, que emana de las misteriosas motivaciones mestizas, que no hallan fácil solución en el complejo de la vida moderna. Parece que semejante estado de inquietudes psíquicas son experimen-

tadas también por los exiliados cubanos en los Estados Unidos, cuyo número entre 1959 y 1972 ha llegado a casi 300,000. Mucho más adaptables se muestran ya los hijos de estos exiliados; también los de otros inmigrantes hispano-americanos, que no viven en densos grupos étnicos latinos en el seno angloamericano. Tal hecho parece confirmar que la voluntaria exclusión de las minorías que se encierran en sus propios *ghettos* étnicos, es contraproducente para su elevación social o por lo menos debilita sus oportunidades en su nuevo ambiente. Les permite, empero, defender su patrimonio espiritual, que se diluye en el contacto con la mayoría yanqui.

Felizmente, las relaciones interraciales en los Estados Unidos tomaron en los últimos años un rumbo reivindicador, que permite la identificación social de varios grupos minoritarios que integran el polisanguíneo "crisol" estadounidense. Precipitaron esta identificación las inquietudes de aquellos grupos que, sintiéndose menospreciados en sus prerrogativas civiles o enajenados del tronco "nórdico" de la nación, reclaman ahora una mayor participación en la vida del país. Mediante su actitud, a menudo militante, exigen reconocimiento de su propio patrimonio étnico-espiritual, ya que hasta recientemente les fue reconocida sólo su labor en el desarrollo colectivo del pueblo estadounidense.

Merced a esta circunstancia se debe la creciente atención que se presta ahora a los estudios étnicos de varios grupos minoritarios, sobre todo, de los negros, los *chicanos* y los puertorriqueños. Aunque no se sabe el exacto origen etimológico del término *chicano*, es de suponer que proviene de la palabra "chico" usada por los jóvenes mexicanoamericanos y deformada por sus vecinos anglosajones. Este término adquirió, empero, mucha popularidad y aún entró en el vocabulario político yanqui. Según anota Luis Leal, la palabra *chicanos* es apropiada para designar a los ciudadanos de los Estados Unidos de origen mexicano, ya que el término *mexicanoamericano* implica que no se es ni mexicano ni americano.<sup>4</sup> No faltan escuelas con la enseñanza bilingüe: inglesa y española. Ya hay universidades y *colleges* en California, Texas y Colorado, que introdujeron los llamados *estudios chicanos*. Estos estudios abarcan cursos en español de historia, demografía y literatura del suroeste, también de dialectología y folklore mexicanoamericanos. En los escasos libros para la enseñanza de la *literatura chicana* se ve que su tono dominante es *la raza* en el sentido ancestral, indígena y mestizo. Esta literatura es, al parecer, una especie de recreación de las leyendas, corridos y cuentos pueblerinos, así como la exaltación de algunos héroes populares mexicanos y líderes chicanos. Su propósito es inspirar el orgullo étnico en los lectores. Se acude también a la temática general hispanoamericana, de la cual se sacan los valores culturales y sociales "latinos" para alzar la conciencia raizal de los *chicanos*.

Al margen de nuestras reflexiones es útil recordar que entre las muchas len-

guas habladas en los Estados Unidos, el idioma español ocupa el primer lugar y sigue al idioma inglés. Lo utilizan cotidianamente casi doce millones de personas de origen hispano que radican en este país. Merced a tal hecho, los Estados Unidos ocupan el quinto lugar entre los pueblos del mundo con población de habla española, sobrepasados únicamente por la misma España, México, Argentina y Colombia, según nos asegura la revista *Américas*, órgano de la Organización de los Estados Americanos (Vol. 24, No. 1, 1972). Entre paréntesis se puede añadir, aunque sea de paso, que más de 300,000 jóvenes norteamericanos estudian el español cada año, lo cual afirma la comprensión extendida de este idioma entre los ciudadanos estadounidenses.